EL CONSERVADURISMO Y SU VISION DE LA HISTORIA

POR

José Antonio G. de Cortázar y Sagarmínaga.

1. Planteamiento.

Un tema beligerante y quebradizo me ha tocado en suerte desarrollar ante ustedes. Comprendo que quizá pueda herir algunas susceptibilidades, aunque, como es natural no es esta mi intención. Pero al examinar los problemas del conservadurismo, tema que se escapa de las manos como una anguila, y al estudiar las grandes figuras de la tradición, del conservatismo y del conservadurismo por otro, es posible que algunos de ustedes muestren su disconformidad conmigo. Es un ensayo de un tema erizado de dificultades porque existen opiniones para todos los gustos ya que es difícil calificar de conservaduristas a muchos pensadores o sistemas políticos, como también es resbaladizo eliminar de este término despectivo a otros. Espero de la bondad de todos que en los puntos que se discrepen se sirvan dirigirse a mí para compulsar opiniones, rectificar citas o modificar juicios. Y ahora, con la ayuda de Dios, vamos adelante.

2. Visión de la historia y conservadurismo.

Ante el problema que nos interesa —visión de la historia y conservadurismo y que también se extiende a la visión de la historia del conservadurismo—, es obligado examinar, aunque muy someramente, el problema de las diversas historiologías que se han presentado en el campo de batalla del pensamiento en el transcurso de los últimos años. También es conveniente estudiar, brevísimamente por cierto, el problema capital de la Filosofía de la Historia. Aunque parezca que con ello nos escapamos del tema concreto asignado a nues-

tro trabajo, creemos que no es así, ya que es la mejor manera de captar todos los distintos matices del mismo. Se ha afirmado por algunos que la historia obedece a ciertas leyes fatales, por ejemplo, el marxismo; otros creen, como Meyer y Toynbee, Huizinga, Albert, y Weber, que es la obra de un azar, de ese azar que aplicado a las leyes físicas ha sostenido recientemente con gran audiencia de crítica el profesor Monod; para muchos la historia es un conjunto de unidades historicas -aclaro que en esta apretada síntesis sigo en parte la obra "Humanística" del recientemente fallecido Larraz— como defienden Vico, Buchez, Danilevski, Guplowicz, no hace mucho tiempo el propio Spengler y recientemente Sorokin en quien la teoría de las unidades históricas pierde, como se ha dicho acertadamente, un poco de su dogmatismo y Toynbee que alarga la serie de estas unidades hasta veintiuna mientras Buchez admite solo cuatro, Gobineau diez, Danilevsky once y Alfred Weber once también; o si al contrario la historia no es más que un "trend" universal, una flecha que sigue un camino por encima de la anécdota de las unidades históricas o civilizaciones encerradas en sus propios muros, como sostienen, a partir de Turgor y Condorcet, Herder, Alfred Weber y otros; si el desarrollo de la historia se apoya en un factor predominante o en varios, ya sean estos en línea regular, ya sean cíclicamente, ya sean alternativamente, ora -como dice Larraz- en series paralelas, ora en juego contradictorio; si la historia es línea o ciclo; si es flecha o círculo (esta tesis alumbrada por Vico, según el cual la Historia no se cumple universalmente sino por pueblos cada uno de los cuales atraviesa un "Corso" o recorrido constituido por tres edades: la divina, la heróica y la humana, la cual al hundirse en la injusticia inicia un "Ricorso", un nuevo recorrido que vuelve a repetir las tres fases expresadas); si la historia según el padre Gratry es cíclica pero progresivamente, o si es un sentido que empuja definitivamente al hombre hacia el marxismo según las tesis de Marx, Lefebre y algunos de los cristianos en marcha hacia el socialismo o se dirige como Larraz a la realización del bien común institucional. De todo ello lo que nos interesa guardar es que para nosotros la historia parte de Dios y va hacia Dios y que esa fecha o ese sistema de unidades históricas cerradas o progresivas tiene un eje -la Encarnación de Jesucristoy un fin, el propio Cristo, no en el sentido del Punto Omega del padre Teilhard, sino el que ha sustentado siempre la teología y la filosofía cristiana.

De todas maneras hay que reconocer que se puede defender que las mismas teorías cíclicas no se oponen radicalmente a nuestra idea. Al menos en su afirmación esencial de que el origen y el fin de la historia sea Dios. Sólo se refiere a momentos, a situaciones particulares, pero que varían siempre de modelo y que caminan, aunque a primera vista no lo parezca, por senderos que llevan muchas veces a la verdadera singladura de la historia.

Para los cristianos, repetimos, el sentido último de la historia -como dice Haecker- está determinado por el bien supremo, el Summum Bonum, que es Dios. La tradición, interpretamos aquí el pensamiento de Mircea Eliade, aplicando su idea a nuestro tema concreto, no es una rebelión contra el tiempo movida por la nostalgia. Si eso así fuera caeríamos en un simple conservadurismo que no es más que la expresión de una sociedad petrificada. Y esta sociedad petrificada, representante pura en la realidad vital de un pensamiento conservadurista, es la que sólo quiere permanecer estática, muerta, la que solo pretende conservar un orden de ideas inujsto, es decir, una simple máquina neumática de un pensamiento atrofiado. No es más que una lata de conservas de un momento bueno para los privilegiados sin las obligaciones que surgen para todos de una tradición viva. Por ejemplo: ¿Cuándo se suicida la nobleza como clase? Sólo cuando quiere gozar de los derechos y abstenerse de las obligaciones. En España concretamente cuando se hace simplemente una nobleza cortesana. Nada más triste que contemplar el paisaje iluminado por los sangrantes ponientes de la historia, como cuando leemos los decretos de Felipe IV para obligar a esta aristocracia que descansa en la almohadilla de sus privilegios a participar activamente en la guerra cuando se va a perder Portugal: las cuatro quintas partes de los mandos del ejército en campaña están, a falta de nobles españoles, en manos de extranjeros. Estamos ya en presencia del suicidio de la aristocracia.

3. Filosofía formal y material de la historia.

En esta altura de nuestro trabajo es conveniente traer a colación ciertas nociones de Filosofía de la Historia para aclarar el tema que tenemos entre manos. Seguimos en este punto a Ferrater Mora para quien existe una Filosofía material de la Historia, que se ocupa primariamente de los hechos (San Agustín, Hegel, Spengler, Toynbee aunque con ciertas implicaciones conceptuales) y una Filosofía formal que se ocupa fundamentalmente de conceptos puros (Rickert, Collingwood) aunque también con algunas implicaciones fácticas.

La filosofía formal a lo largo de la historia tiene varias direcciones: la escuela filosofíca antropológica en la que en la filosofía contempla estos principales caminos: los de Dilthey y Ortega, los marxistas, las de Troeltsch y Mannheim, los de Heidegger que sólo ve en el hombre un ser de lejanía, la escuela espistemológica aunque tiene implicaciones de la anterior; la escuela neokantiana con Windelband y Cassirer y la escuela analítica de Gardiner y Dray.

La filosofía material de la historia se ocupa ante todo del sentido de la historia. Hay así entre las diversas visiones de la historia una visión teológica que explica la historia como la realización de los designios de la Providencia, como una marcha hacia un reino divino; (esta es, en definitiva, nuestra tesis sobre el sentido de la historia con lo que recogemos lo mejor de la tradición católica). (El propio Hegel, como nos recuerda Jaspers, a pesar de las varias direcciones de su pensamiento y de las muy equívocas interpretaciones del mismo, afirma que toda la historia va a Dios y viene de El; y que el advenimiento del Hijo del Hombre es el eje de la historia universal.)

Vallet ha escrito refiriéndose a este tema: "Es preciso que todos, gobernantes y gobernados, sintamos la necesidad que nos compete en la conservación, mejora, restauración o reposición del orden natural querido por el Creador". Esto me recuerda una feliz frase de Balmes que yo hago mía: "la religión es la verdadera filosofía de la historia".

Por su parte, Elías de Tejada remacha: "El hombre es una saeta que rasga el suelo de aquí abajo entre la nada y la eternidad, una

eternidad que pende de lo que obra mientras se está concretamente usando de la vida concreta que Dios le concedió sobre la tierra, sin ponerle más limitación a su libertad que la de que no pueda dejar de ser libre en la responsabilidad de su destino ultraterreno." Es decir, proclamamos abiertamente nuestro rechace del historicismo al uso. Contra el historicismo irresponsable --de tan variadas procedencias-Popper acaba de escribir: "Con el fin de informar al lector de los resultados más recientes, me propongo dar aqui en unas pocas palabras, un bosquejo de la refutación del historicismo. El argumento se puede resumir en cinco proposiciones como sigue: 1.º El curso de la historia humana está fuertemente influido por el crecimiento de los conocimientos humanos... 2.4 No podemos predecir, por métodos racionales o científicos, el crecimiento futuro de nuestros conocimientos científicos ... 3.º No podemos, por tanto, predecir el curso futuro de la historia humana... 4.º Esto significa que hemos de rechazar la posibilidad de una historia teórica, es decir, de una ciencia histórica y social, de la misma naturaleza que la física teórica. No puede haber una teoría científica del desarrollo histórico que sirva de base para la predicción histórica. 5.º La meta fundamental de los métodos historicistas ... está, por lo tanto, mal concebida y el historicismo cae por su base."

Otra de las divisiones de la filosofía material de la historia es la metafísica que coloca una entidad metafísica, voluntad, idea inconsciente, etc., en el centro productor de la historia. La visión naturalista es —dice Ferrater— "la de aquellas doctrinas que erigen uno o varios de los llamados factores reales en motores efectivos del desenvolvimento histórico o que convierten la historia en un desarrollo inexorable de etapas tales como la niñez, la juventud, la madurez, etcétera, de la humanidad". Estos factores pueden ser la economía, la raza, la condición geográfica. Para Max Scheler la historia se explica como función de factores reales y determinaciones ideales. A efectos de nuestro trabajo está clara nuestra posición beligerante ante muchos de estos conceptos por la fatalidad e irreversibilidad de su significado.

Siguiendo a Ferrater distingamos la segunda clasificación de filosofías materiales de la historia: dos principales, la lineal y la cíclica. La lineal concibe a la historia como un desarrollo continuo a través de determinadas etapas. Dos direcciones principales se distinguen en ella; un hecho histórico, nudo de la historia, o etapas diferentes sin un hecho central. Dentro de la primera está la concepción cristiana de San Agustín y Bossuer, es decir, la concepción providencialista según la cual el mundo es dirigido por una providencia y la historia camina hacia Dios. Es obvio repetir que esta es nuestra tesis.

La tesis de fases diferentes se subdivide a su vez en concepciones naturales como las de Voltaire, el progresismo, las concepciones bioculturales de Herder, la metafísica de Fichiheger, las sociales de Comte y Marx. Todas suelen pasar por avances y retrocesos, por optimistas o pesimismos. (Entre los pesimistas coloca Ferrater a De Bonald, Maistre y Donoso: Me permito argüir que son pesimistas en la forma ante hechos concretos de su tiempo, pero optimistas porque saben que la historia se rige por la providencia, única ley que admitimos frente a los irreversibles sentidos de la historia hoy tan aplaudidos irresponsablemente y tan de moda.)

Respecto a la forma cíclica —para la que la historia se desarrolla en fases que se repiten y a la que volvemos a mencionar pese a lo dicho anteriormente, y perdónesenos la repetición— existen dos principales grupos: Uno se funda en factores sociológicos y culturales (por ejemplo Vico); otro en la idea de las civilizaciones (Spengler y Toynbee). Ferrater habla también de combinaciones de las ideas lineal y cíclica, de las concepciones progresistas y decadentistas (en estas últimas veo yo la concepción conservadurista de la historia) "que pueden dar lugar a varias misiones más complejas para cada una de las cuales puede encontrarse una "forma", "modelo" o "figura". Partiendo de nuestros principios no es difícil aplicar la solución a cada una de estas posiciones.

4. Conservadurismo e historia.

Si aplicamos a cualquiera de las visiones históricas la idea del conservadurismo vemos que en todas ellas puede encontrarse y de hecho se encuentra siempre una fase o etapa conservadurista, a excepción de la concepción tradicional de la historia del cristianismo. Cualquiera que sea la doctrina observada en relación con el tema del conservadurismo, hallaremos latentes en muchos aspectos, etapas o formas cíclicas o lineales o de cualquier otra formulación que muestra el perfil del conservadurismo con una visión de la historia que podemos llamar petrificada. Hay siempre un momento en las diversas fases de la historia en la que el conservadurismo triunfa, en la que el mundo de las ideas y de los sentimientos queda embalsamado, estático, estéril. En una palabra, todas las historiologías admiten en su seno la presencia de un eón conservadurista.

Es conveniente, como muy bien aclara Gambra, que antes de introducirnos en el examen del conservadurismo, distingamos éste del conservatismo, que es un concepto neutro que puede ser bueno o malo. Por ejemplo, el conservatismo de la tradición viva y fecunda unido a un espíritu dinámico que presenta soluciones en cada momento del devenir del hombre, es sano; el conservatismo de formas disecadas, impotentes, infructíferas, sin el aliento de una tradición que empuje desde el pasado, es dañoso.

En general el término conservador que puede responder a este conservatismo sano del que habla Gambra y que constituye una de las tenazas de la tradición siendo la otra la aparición viva y actual de lo renovador fecundo, base de las ideas y sentimientos nuevos que son válidos -- para entonces, para aquí y ahora y para mañana--, no ha tenido fortuna ni en los tratadistas ni siquiera en los propios diccionarios. La mayor parte de ellos dan a la palabra conservador un sentido de conservadurismo, o sea, sólo ven la deformación despectica del término. Así el diccionario de la Real Academia en la tercera acepción del término conservador dice: "que profesa las doctrinas políticas que toman en gran consideración la continuidad del espíritu nacional". Con todos los respetos para la Real Academia no creo que esta definición haya limpiado, fijado y dado esplendor al idioma, porque la definición es igualmente aplicable a una de las tenazas del espíritu tradicional a la que antes nos hemos referido y, en cambio, no aclara lo que diferencia a la doctrina simplemente conservadora de la doctrina enraizada en la tradición viva. En la palabra conservadurismo el diccionario dice escuetamente: "Doctrina política

del partido conservador español". Así limita mucho el término. Y si la acepción de conservador es extensiva, aunque no clarifique sus límites, la noción de conservadurismo es profundamente restrictiva.

Con respecto al término tradicionalismo, el Diccionario de la Academia dice, con un criterio reaccionario en el peor sentido de la palabra, que es el "sistema político que consiste en mantener o restablecer las instituciones antiguas en el régimen de la nación y en la organización social". En una palabra, olvida el movimiento dinámico, vivo, palpitante y actual de la tradición lo que hemos llamado la tenaza abierta a las innovaciones y la adaptación a las necesidades concretas y vitales de cada momento histórico. En la definición (del Larousse se define el conservadurismo como "la condición de aquéllos que son hostiles a las innovaciones políticas y sociales e incluso, a veces, a las innovaciones técnicas". El diccionario enciclopédico del "Reader-Digest" escribe al definir al conservador: "dícese del partido político que se opone a innovaciones".

5. La tesis de "VERBO".

Con una enorme claridad la revista "VERBO" en la convocatoria de la XII Reunión de Amigos de la Ciudad Católica fija perfectamente, a nuestro modo de ver, los dos términos que son base de nuestro actual trabajo. Así, dice: "Conservadurismo es una petrificación de lo que había sido tradición viva y que ya no es sino un cadáver, como también lo es la adhesión a los resultados de una revolución triunfante consolidada generalmente en un estado totalitario de cuyos puestos de mando la nueva clase pretende no desprenderse". (Basta recordar —aunque volvamos después a este tema— en la segunda acepción de esta rotunda definición los actuales conservadurismos de Rusia, Yugoeslavia y otros países marxistas y en la historia, la adhesión conservadurista a la política napoleónica de Luis Felipe o del Pequeño Napoleón.)

Sigamos con "VERBO": "Historicismo es el mero arrastre de la historia sin perspectiva suprahistórica, sin metafísica alguna que lo trascienda al contemplarlo". Dentro del historicismo, en la definición

de "VERBO" nos interesa la parte que se relaciona con nuestro tema: la posición del hombre que se sitúa en el río de la historia de espaldas a la corriente contentándose con recoger lo que éste le trae. Pero a este historicismo y al otro el de contemplar la Historia como un destino fatal e irreversible hay que oponer la tesis de los mejores pensadores -- últimamente el propio Vallet-- quien recogiendo las ideas de Charpentier, escribe sobre "El movimiento de la historia" ... "El batonnier Jacques Charpentier nos lo expone con un humor que nos resulta negro: "Cuando Francia -dice, no olvidemos que escribe para franceses— pierde sus colonias es el sentido de la historia. Cuando Rusia coloniza Polonia, Rumanía y Hungría, es también el sentido de la historia. Lo era tambien cuando Hitler asesinaba en masa a los judíos. Lo es aún cuando la ONU mantiene la anarquía en el Congo. El sentido de la historia, como dice el mismo autor, apacigua todos los escrúpulos, resuelve todos los casos de conciencia, rehabilita todas las ineptitudes y justifica las peores atrocidades". Leamos a Gambra, continúa Vallet: "El débil, el indolente y el cobarde justifican en el mito su inacción o su falta de resistencia frente a la justicia, apelando a las exigencias de un devenir incontenible; el fuerte o el ambicioso por su parte, justifican también su pasión de mando y su mismo mandato, como producto de la necesidad histórica. El gobernante actual, el dictador o el hombre fuerte de cualquier situación no se siente va en la necesidad de buscar justificaciones legales o morales a su mandato, sino que lo afirma como puro poder en tanto que producto de la historia en su proceso creador".

El conservadurismo químicamente puro es solamente una vuelta al pasado inmediato, es decir, a la conservación del estado actual de cosas por que sí, a la pura inercia, a la esterilidad más extremada, al mantenimiento de un orden aunque este sea un desorden establebido. La frase de Goethe de prefiero la injusticia al desorden —que yo encuentro sumamente discutible— puede ser el lema de este tipo de conservadurismo.

Para mí el conservadurismo que más nos interesa —por las circunstancias históricas en que vivimos— es el nacido de la Revolución francesa. Y de otras revoluciones posteriores, aunque tengan diferentes signos. Es un simple ideal amojamado, cadavérico. El dejar las cosas como son, aceptando los principios revolucionarios. Frente a él la tradición, que también es conservadora en lo que es útil y vivaz, es una asimilación de principios fundamentales válidos para todas las épocas. Y frente al conservadurismo nacido de la revolución se yergue la tradición válida en señal de eterna lozanía.

Ha dicho Berdiaev: "Es un error el creer que los pueblos y las sociedades, viven en el presente. El presente es algo apenas asequible. En realidad se vive en la fuerza del pasado y en la atracción del porvenir". "De ahí, como escribe Uscatescu, lograr reunir por tanto en una fecunda idea, tradición y futuro, pasado y porvenir, significa de por sí penetrar en el secreto de la dinámica humana, espiritual, política y social". Berdiaev de la mano de Uscatescu nos dice: "La vida es progreso pero el pasado continua viviendo. El pasado no se destruye y si por azar llegara a ser completamente aniquilado no podría existir el progreso. No se puede destruir sino un pasado muerto, falso, corrompido, dañino a la marcha de la vida, pero no el viviente y precioso y adquirido para la eternidad". Karl Jung sintetiza maravillosamente: "hoy tiene sentido solamente lo que permanece entre el ayer y el mañana".

El conservadurismo es el culto al precedente por el precedente. Pero el precedente cercano, al de una situación no lejana. Le falta en absoluto perspectiva para otear los grandes caminos de la historia. Es una medida de simple remedio para un momento, sin basarse en un pasado vital sino simplemente en un ayer contingente, sin pensar en el mañana. Es dormir bajo la almohada de una situación sin preguntarse por la doctrina que la sustenta y de su responsabilidad ante la historia universal. Es en resumen una situación de presente anclada a un pasado próximo y miope sin la menor visión del futuro.

MARAVALL nos recuerda que ha habido muchos conservadores que critican la idea del progreso. Así Spengler y Friedman. "La querella de antiguos y modernos —ha dicho Curtius— es un fenómeno constante de la historia". Es toda una actitud cultural la que en ese debate se revela. Como dice Maravall la postura de los antiguos es lo conservador; la de los modernos, el proceso revolucionario. La tradición

(agrego yo, de la vivaz actual) enlaza e integra a ambas, superándolas en una superior unidad.

Sobre el conservadurismo y la reacción de la sociedad estática escribe Maravall: "Las fuerzas conservadoras españolas en el mantenimiento estático de un orden que toda sociedad suscita en su concreta situación se oponen... a las tendencias renovadoras". De ahí la conocida advertencia conservadora contra los peligros que toda novedad entraña para la estabilidad de un orden. Pero, como añadimos nosotros, al emplear Maravall la palabra conservadora se refiere radicalmente al auténtico conservadurismo.

Para Elliot en su obra "La idea de una sociedad cristiana" el conservadurismo que el llama conservatismo (no distingue como Gambra entre conservatismo y conservadurismo) es demasiado a menudo conservación de las cosas malas. Más adelante, y refiriéndose al problema del liberalismo y del conservadurismo, escribe: "Aunque el liberalismo esté en contraste con el conservadurismo, ambos pueden ser igualmente repelentes: Si el primero puede significar caos, el último puede significar petrificación. Siempre volvemos a enfrentarnos con esta pregunta: ¿Qué es lo que debe destruirse? Y así mismo con esta otra: ¿Qué es lo que debe conservarse? Ni el liberalismo ni el conservatismo (en su sentido de conservadurismo, aclaramos) bastan para guiarnos, ya que no son filosofías sino, quizás, sólo costumbres. En el siglo XIX el partido liberal tenía su propio conservatismo y el partido conservador su propio liberalismo; ninguno de ellos sostenía una filosofía política."

Eugenio D'Ors en La ciencia de la cultura, escribe a este respecto que la mentalidad conservadora cuando muestra preferencia por lo accidental y allegadizo, por lo que en biología se llaman "caracteres adquiridos", se convierte en un elemento anticultural "como ha podido verse en la civilización china y, en menores proporciones, en los nacionalismos y racionalismos de Occidente. Pero cuando se refiere a lo esencial y básico, lo que realmente se encuentra en una actitud de unidad, la tradición, el conservatismo, que de la sucesión de hogares resulten, tiene un sentido unitario eminentemente favorable a la teoría de la cultura".

En otro lugar habla D'Ors de que la descolonización del pasado,

del seudo anecdótico pasado, del pasado puramente concreto, está desprovisto de actualidad, de la misma manera que está desprovisto de eternidad. Este conservadurismo concreto, apostillo yo, es el que defiende un estado de cosas amorfo por no cambiar, por permanecer, por cerrar la puerta a toda innovación. Al conservadurismo se le pueden aplicar las palabras de Sciacca, aunque referidas a nuestra actual civilización, que en muchos de sus aspectos vive un conservadurismo exclusivamente material: "Nuestra civilización es una civilización efectivamente ciclópea. Pero como el cíclope de la leyenda tiene un ojo: sólo el de la materia. Le falta el del espíritu y sin ese, que es el más propiamente humano, el hombre queda en tinieblas. El hombre civilizado de hoy es un gran bárbaro porque no hay mayor ni peor barbarie, como ya dijo Scheler, que la barbarie científica y técnicamente establecida". Estas palabras sintonizan perfectamente el espíritu que anima el programa de "Verbo" anunciando estas jornadas. Es decir, considerado el conservadurismo como la adhesión a los resultados de una revolución triunfante, consolidada generalmente en un estado totalitario de cuyos puestos de mando la nueva clase pretende no desprenderse dando en la sociedad de masas. Como síntesis de toda esta parte del trabajo, podríamos citar la de Eduardo Aunós en su Romanticismo y política: "Sería un gran error confundir el conservadurismo con el tradicionalismo, son dos tendencias completamente distintas: ... el tradicionalismo es una doctrina de disconformidad de la realidad ambiente. Su ambición es alterar la corriente de los hechos, no para remansarla en un recodo de quietud provisional, sino para hacerla retornar a sus verdaderos cauces."

6. Formas del conservadurismo.

Por lo general, ya lo hemos dicho anteriormente, la mayor parte de los tratadistas mezclan al conservadurismo con ideas que ellos creen afines: así con el conservatismo neutro de que habla Gambra o con el propio tradicionalismo. Tanto en uno como en otro caso la equivocación es notoria. Porque el conservatismo —ese término neutro que define Gambra— puede tener una perspectiva válida mientras que el conservadurismo es en realidad una idea caduca y estéril

cuando no radicalmente mala. Y mezclar conservadurismo con tradición —cosa que no solo hacen los marxistas y revolucionarios sino también escritores liberales (el propio Weber mezcla en *Economía y sociedad* conservadurismo y tradición)— es desconocer en esencia el valor de la tradición, expléndido conjunto de conservación del pasado válido y de la asimilación de lo actual válido para un futuro de esperanza y vida. ¡Cómo que no existe una diferencia radical y beligerante entre un Guizot —símbolo para mí del más típico conservadurismo con su famoso consejo a los franceses "Enriqueceos"— y los pensadores de un conservatismo sano pero incompleto y, sobre todo, con las verdaderas bases del orden natural que propugnamos!

Hay un conservadurismo que ha existido siempre en todas las formas políticas, aun en las más revolucionarias, como podemos ver en los imperios asiáticos y en otras fórmulas de la historia antigua; otro conservadurismo, que es el más interesante para nosotros, que parte de los epígonos de la revolución Francesa y que tomó cuerpo en los partidos moderados del siglo XIX que aceptaron las tesis de la Revolución o, al menos, muchas de ellas; otro conservadurismo es el sueño que engendró monstruos de esa revolución a caballo que fue Napoleón; otro conservadurismo, el de las monarquías que se suicidaron como la de Luis Felipe; otro el de la Santa Alianza; otra el de los Estados del Sur de Norteamérica, es decir, el conservadurismo nacido de la burguesía y del capitalismo; otro, por ejemplo, el engendrado en la sociedad de Napoleón III, sin contar los actuales conservadurismos —a los que ya nos hemos referido— en que vive el pensamiento y la acción de los regímenes totalitarios de Rusia, Yugoeslavia y muchos engendrados en parecidas ideas y los nacidos de toda revolución con la aparición de una nueva clase que, ante todo, sólo quiera una cosa: permanecer.

Se ha hablado también del conservadurismo ligado a la gerontocracia, a la política de los viejos y a los honoratiores que dice Weber, o sea, al conservadurismo basado en las personas que administraban o administran organizaciones por una dedicación exclusiva que descansa en una fuerza social o profesional que se convierte poco a poco en una costumbre petrificada aceptada por los demás.

Según Duverger esto ocurre y profesionalmente en la mayoría de

los partidos democráticos del mundo. Véase, por ejemplo, el paisaje que nos muestra la actual sociedad norteamericana.

Incluso en el propio mundo del pensamiento se ve como muchos escritores (ya nos referimos antes al propio Max Weber), confunden las nociones de simple conservación, conservadurismo y tradición. Así para algunos el mismo Burke es, ante todo y sobre todo, un conservador; otros como Kink lo considera un tradicionalista; para nosotros es un pensador, sólidamente tradicional, dado el aborrascado tiempo en el que tuvo que vivir. (Lo que nos parece una afirmación delirante es la de Ebenstein que llega a tildarlo de demócrata.)

Para nosotros, volvemos a afirmarlo, Burke es una mezcla de tradición y conservación, aunque no por ello dejen de aparecer algunas veces en su ingente obra obra doctrinas típicamente conservaduristas. Pero hay que reconocer que sus Reflexiones sobre la Revolución Francesa fueron la primera gran crítica —viva en muchos todavía—de los principios de 1789. Y en ella se inspiraron los escritores contrarrevolucionarios, algunos defensores de la tradición más estricta como De Bonald y Maistre; otros simplemente conservaduristas como Guizot y Meternich; otros liberales conservadores como Tocqueville (de gran transcendencia en el pensamiento actual antirrevolucionario) y el propio, extraño y peligroso Hegel —arma de 32 filos como la Rosa de los Vientos—, aunque parece, según ciertos autores de valía, que éste no conoció la obra del gran escritor inglés.

No hay que olvidar en el curso de nuestro trabajo la intensa relación que también ha existido entre conservadurismo y liberalismo sobre todo en el siglo XIX. En sus *Instituciones políticas y derecho constitucional* el profesor francés Duverger —con el que nos sentimos en muchos lugares de su obra en posición radicalmente opuesta por su concepción del derecho constitucional y por su visión partidista de la Historia—, al tratar de las aportaciones de otras ideologías al liberalismo, escribe: "La ideología liberal se ha desarrollado, sobre todo, en el interior de sistemas políticos conservadores; de ahí que las sociedades liberales no hayan podido nunca desembarazarse totalmente de la influencia de las instituciones y de las ideologías conservadoras ... Más adelante dice: "Las relaciones del liberalismo y del conservadurismo han evolucionado profundamente: Enemigos en

el siglo anterior (aunque para nosotros la mayor parte de los conservadurismos son de inspiración liberal) en éste se han fusionado más o menos. En esta fusión el conservadurismo ha sido más o menos absorbido. No obstante alguno de sus elementos persisten aún en el interior del liberalismo contemporáneo".

Las relaciones liberalismo-conservadurismo son "al principio, según Duverger, violentamente antagónicas: "El siglo XIX está dominado por la lucha de los conservadores y de los liberales... El combate es iniciado por los liberales contra los conservadores que detentan el poder en los antiguos regímenes monárquicos y aristocráticos... En la base se trata de una lucha de clases". (Al escribir esto, subrayo, Duverger, como tantos otros autores, mezcla las ideas conservadoras y conservaduristas con algunas de la perenne tradición.) "Los liberales --continua el escritor francés-- representan esencialmente a la burguesía manufacturera, comerciante e intelectual, y los conservadores la aristocracia tradicional (Jotra anfibología, exclamo yo!) fundada en los privilegios de nacimiento y en la propiedad de la tierra... La burguesía quiere eliminar a la aristocracia de la dirección del Estado y ocupar su lugar ... El conflicto de clases se transforma en lucha de dos ideologías que se convierten en dos sistemas de valores irreductiblemente opuestos entre los cuales la coexistencia parece casi imposible".

Duverger continua unas líneas después: "No obstante los conservadores y liberales se acercaron enseguida: incluso han llegado a fusionarse más o menos en un mismo partido en la época contemporánea. El partido conservador británico es en realidad un partido liberal conservador que ha guardado el nombre de conservador y tomado una doctrina esencialmente liberal. Su clientela corresponde a la vez a los conservadores y liberales del siglo XIX; una pequeña parte de estos últimos se encuentra en el reducido partido liberal que subsiste todavía. Lo mismo puede decirse de la democracia cristiana alemana, de la democracia cristiana italiana, de la Unión de demócratas para la República de Francia. La derecha occidental actual es conservadora liberal contra una izquierda socialista". Posteriormente el escritor francés agrega: "La unión de los conservadores no es total. Muchos sienten la nostalgia de un sistema autoritario. Los fascismos

contemporáneos han renovado las viejas ideologías conservadoras dándoles un aire moderno... La ideología conservadora mantiene, por tanto, una fuerza latente dentro de lo que se podría llamar el subconsciente de las sociedades occidentales". Como vemos, la mezcla de las ideas conservadoras y conservaduristas aparece a cada paso en el fondo de la doctrina política actual.

Una postura muy interesante dentro de nuestro tema y, como una forma aparte del conservadurismo, tanto que se le puede llamar en realidad, siguiendo la distinción apuntada anteriormente, conservatismo, es la de Kirk que ha tratado magistralmente en sus dos famosas obras Un programa para conservadores y La mentalidad conservadora en Inglaterra y en los Estados Unidos, este tan interesante y ambicioso tema.

La moderna mentalidad conservadora en el sentido de conservatismo puesta de relieve por Kirk, no admite a nuestro modo de ver graves censuras. Sino, al revés, en muchos casos está influida por una tradición que palpita a través de las instituciones y de las doctrinas. Kirk dice que las preguntas que más urgentemente exijen una respuesta de las mentes conservadoras son las diez siguientes:

- 1. El problema mental de cómo revivir nuestras inteligencias de la uniformidad y esterilidad de la época de masas.
- 2. El problema de corazón, o de cómo resucitar las aspiraciones espirituales y los dictados de la conciencia en un tiempo que ha vivido demasiado en medio del horror.
- 3. El problema del hastío, o de cómo nuestra sociedad industrializada y estandardizada puede adquirir un sentido renovado de las personas verdaderamente humanas.
- 4. El problema de comunidad, o de cómo el colectivismo puede evitarse mediante la restauración de un verdadero Estado.
- 5. El problema de la justicia social, o de cómo lograr que la avaricia y la envidia no levanten al hombre contra su hermano.
- 6. El problema de los deseos, o de cómo satisfacer los deseos justos y desechar los injustos.
- 7. El problema de orden, o de cómo deben preservarse entre nosotros la variedad y la complejidad.

- 8. El problema del poder, o de cómo el poder que ha sido puesto en nuestras manos debe estar gobernado por la razón.
- 9. El problema de la lealtad, o de cómo enseñar a los hombres a amar a su país, a sus antepasados, a su posteridad.
- 10. El problema de la tradición, o de cómo en este tiempo en que el cambio parece reinar, una continuidad puede ligar una generación con otra generación.

¿Quién va a negar que la mayoría de las sugestiones de Kirk no son aceptables? Más adelante escribe el escritor norteamericano: "Donde quiera exista dignidad humana es el producto de la convicción de que somos partes de una gran continuidad y esencia que nos eleva por encima de los brutos; y donde quiera hay un gobierno popular justo y libre, consecuencia es de la creencia en criterios superiores al interés del momento y a la voluntad de una mayoría temporal. Si esto se olvida, el pueblo se convertirá en una cosa despreciable. El conservador, al tratar de restaurar entre los hombres la conciencia del valor de la tradición, no actúa llevado por un desdén hacia las masas: Al contrario, actúa por amor a ellas en tanto que personas humanas y trata de preservar para ellas una vida digna de los hombres. El conservador no estima que la cultura deba ser rebajada "porque el pueblo así lo quiera" o que la literatura debe ceder a las "historias cómicas", "porque el pueblo así lo quiere"; no tiene una opinión tan baja del pueblo; el proletario, despojado de su tradición y sin raíces, puede apetecer tal degradación; pero el conservador espera restaurar a la muchedumbre solitaria --esa muchedumbre solitaria, aclaro, de la que nos habla Riesman y que ha sido examinado en España por Vallet en su Derecho y sociedad de masas - que forma el proletariado sin rostro en el carácter y en la individualidad. Y quizá el primer paso en esta restauración deba ser una atención renovada a las exigencias de la tradición". (Hay que reconocer que las palabras de Kirk son totalmente aceptables para nosotros. Solamente suprimiríamos el quizá de su última frase.)

"¿Es posible —se pregunta el insigne tratadista norteamericano— resucitar un sentido de las tradiciones en una muchedumbre que ha olvidado el concepto mismo de la tradición? El conservador consciente —contesta— así lo cree. El trabajo será lento y sutil; por mi parte sugiero algunos aspectos de esta tarea: 1. Una afirmación de la verdad que existe en la tradición. El conservador combatirá la presunción de los "intelectuales" (esta palabra está entrecomillada) de que toda sabiduría procede de la racionalidad pura y de la enseñanza formal... 2. Una defensa de las clases y regiones en las cuales la tradición todavía es una fuerza viva. El conservador hará cuanto esté en su poder para evitar la disminución de nuestra población rural, recomendará la descentralización de la industria y la desconcentración de la población; buscará la manera de que la mayor parte posible de hombres y mujeres vivan próximos al mundo natural y acostumbrado en el que florece la tradición... 3. Una humanización de la vida humana infundiendo en el individuo el sentido de la comunidad... 4. El retorno al hogar, a la iglesia y a las asociaciones voluntarias como transmisoras de tradición..."

Kirk termina su libro Un programa para conservadores, con estas sugerentes palabras de las que nosotros nos hacemos eco: "En la defensa de la tradición, así como de los diversos problemas que he tocado en este libro, el conservador no debe acobardarse ante la probabilidad de ser mal entendido por la mayoría de las gentes y atacado por todos aquellos cuyos intereses materiales parecen ir ligados a una degradación continua de las masas. El liberal doctrinario le pondrá algún mote, y el duelo irreflexivo de la riqueza y del poder le negará su apoyo. El conservador debe afrontar el hecho de que muy bien puede salir vencido. Contrariamente al marxista, el conservador, no profesa una creencia fanática en el triunfo inevitable de su causa. Pero pese a todo esto, el conservador no se rendirá al contagio de la opinión masiva o de las tentaciones de engrandecimiento material o de poder. Convencido de que es una parte del contrato de la sociedad eterna, cumplirá con la santidad de este contrato y hará lo que tenga asignado en el pacto".

En su otro libro La mentalidad conservadora en Inglaterra y en Estados Unidos, dice Kirk que está dirigido "a los pensadores británicos y norteamericanos que han defendido la tradición y las viejas instituciones". Para limitar más aún el campo del libro sólo examina a los pensadores que está en la línea de Burke: "convencido —dice—

de que la de Burke es la verdadera escuela de los principios conservadores, he omitido la consideración de los liberales más antidemocráticos (Lowe) de los individualistas más antigubernamentales (Spencer) de los escritores más antiparlamentarios (Carlyye)".

Para Kirk en el libro que examinamos hay seis cánones del pensamiento conservador: 1) La creencia general de que un designio divino rige la sociedad y la conciencia humana forjando una eterna cadena de derechos y deberes, que liga a grandes y humildes, a vivos y a muertos. 2) Cierta inclinación hacia la proliferación, variedad y misterio de la vida tradicional frente a los limitativos designios de uniformidad, igualitarismo y utilitarismo de la mayor parte de los sistemas radicales... 3) La convicción de que la sociedad civilizada requiere órdenes y clases. La única igualdad verdadera es la moral: Todos los demás intentos de nivelación conducen a la desesperación si son reforzados por una legislación positiva. 4) La creencia de que propiedad y libertad están inseparablemente conectadas y de que la liberación económica no implica progreso económico... 5) Fe en las reformas constitudinarias y desconfianza hacia los sofistas y calculadores... 6) El Reconocimiento de que cambio y reforma no son cosas idénticas y de que las innovaciones son con mucha frecuencia. devoradores incendios más que muestras de progreso. "En una magnífica síntesis, recoge Kirk el pensamiento de Burke que sintetiza en su definición del Estado todo el pensamiento conservador. (Y tradicional agrego yo). "Es un ente moral ordenado por Dios con una unidad espiritual integrada por los muertos, los vivos y los que han de nacer".

Al igual que en Un programa para conservadores, recalca Kirk al final de su obra que los problemas actuales con los que se encuentra el conservatismo, que pudiéramos llamar tradicional, son los siguientes: 1) El problema de la regeneración espiritual y moral; la restauración de un sistema ético y de la sanción religiosa sobre la que se funda toda vida digna de ser vivida... 2) El problema de la jefatura político-social que tiene dos aspectos: La conservación de ciertas medidas de veneración, disciplina, orden y clase... 3) El problema del proletariado porque la masa de los hombres debe encontrar un status y una esperanza dentro de la sociedad: verdadera familia, res-

769

peto para el pasado, responsabilidad para el futuro, propiedad privada, deberes tanto como derechos. 4) El problema de la estabilidad económica.

Al igual que lo anterior que se refiere al conservatismo en los Estados Unidos, Kirk expone un breve programa de aplicación de las auténticas doctrinas conservadoras a los eventos modernos. Pero que a mi modo de ver pueden ser aplicados a todos los conservatismos positivos. Este programa descansa en las siguientes bases: 1) Afirmación de la naturaleza moral de la sociedad. 2) Defensa de la propiedad. 3) Conservación de las libertades locales, de los derechos privados tradicionales y de la división de poderes, pues si estos faltan la república camina hacia la "voluntad general" de Rousseau y allí permanece. 4) Humildad nacional. Los estadistas conservadores deben aceptar sus deberes en el mundo, con modestia y precauciones, y descubrir que la diversidad es mejor que la uniformidad, que los Estados Unidos no pueden imponer sus instituciones a culturas que tienen el mismo derecho a ser respetadas y deben recordar que la más alta obligación de Norteamérica en los asuntos de las naciones es proporcionar el ejemplo de un Estado honesto, tranquilo y próspero, de una república justa y libre, virtuosa y permanente".

7. El conservadurismo como pensamiento.

Un aspecto conservadurista típico, no total, es el del liberalismo de Montesquieu de quien ya me ocupé en anteriores "Reuniones de los Amigos de la Ciudad Católica". Entonces decía: "El liberalismo de Montesquieu es un liberalismo aristocrático basado en una estructura de parlamentos y cuerpos intermedios. Para Godechot, el historiador neoliberal de la Revolución Francesa, lo que, sobre todo y ante todo, quiere Montesquieu, es dulcificar el absolutismo monárquico aunque sea en provecho de la nobleza... Ebenstein, por su parte, le ve fundamentalmente, aparte del reconocimiento de sus ideas sobre la separación de poderes con el fin de templar el absolutismo real, como un defensor de los privilegios de la aristocracia. Ferrater lo contempla también como la cabeza del liberalismo aristocrático, o conser-

vador aclaro yo, pues como exactamente dice, para Montesquieu la democracia aunque lícita es imposible. Por ello entre las tres fórmulas posibles, Despotismo, Monarquía y Democracia, se inclina por la Monarquía ... porque es la más firme defensora de la libertad y el Despotismo no es más que una deformación monstruosa de la Monarquía. Hombre clásico, frente al romanticismo de Rousseau, escéptico, tolerante, Montesquieu es contemplado por Menéndez y Pelayo como un moderado relativo pero, en definitiva, equilibrado en medio de la orgía intelectual —como escribe del siglo de las luces—, o, agrego yo, siguiendo a Maine de Biran, "el siglo de la irreflexión".

Otro típico conservadurismo del pensamiento es el doctrinarismo liberal que busca la vía media entre reacción y revolución. Entre derecho divino y soberanía popular se detienen en la monarquía constitucional tan rápidamente ensayada —como dice Beneyto— como fracasada.

Aunque al principio más o menos liberal doctrinario, Donoso reacciona después en una actitud francamente tradicional y ataca a los doctrinarios como "doctores del eclecticismo, ciencia impotente, una vez pasada la época de la transición".

Muy interesante es la figura de Maine de Biran. Chevalier le considera como un hombre de orden y un moderado. Así el 21 de junio de 1815, antes de la segunda abdicación de Napoleón, él que ha servido a la administración napoleónica escribe en forma rotunda: "Poco a poco los sentimientos de la mayoría vibran al unísono y podemos esperar firmemente, que a pesar de todos los esfuerzos de estos furiosos jefes del partido revolucionario, no llegarán a borrar de los corazones franceses los restos de ese sentimiento monárquico adormecido durante tantos años y que hemos visto despertarse con tanto calor y fuerza en 1814, de ese sentimiento identificado por nosotros con el honor de la patria, de la gloria y de la virtud, al único que podríamos adherirnos para detener divisiones funestas y para conservar a los ojos de Europa, al igual que a nuestros propios ojos, el derecho de llamarnos todavía una nación. Sin el sentimiento monárquico, sin el respeto y el amor al Rey legítimo, no puede haber para Francia ni religión, ni moral, ni patria". En otro lugar este hombre tachado de conservadurismo por muchos escribe: "La Monarquía

(de Luis XVIII, aclaro) se vio reducida a tomar la fuerza y su influencia de la Revolución misma... Los Borbones dejaron de reinar el mismo día que se desposaron con la Revolución". Singular actitud vital esta de Maine de Biran, A pesar de sus servicios administrativos a la causa napoleónica, causa representante máxima de los conservadurismos, en el fondo de su alma late la verdadera y auténtica tradición en el sentido ortodoxo que nosotros damos a estas palabras. Si fue Maine de Biran un conservador en la práctica, en la pura teoría, en lo más profundo de su "alma escindida", cultivó las creencias tradicionales en su teoría filosófica y política, una de las más importantes de Europa desde Kant.

Aunque en parte de sus ideas late un cierto doctrinarismo político, Rosmini en Italia, no cede en lo esencial al espíritu de su tiempo, un tiempo conservadurista. Es verdad que tiene en la vida práctica una posición conciliadora. En ello se parece a Balmes partidario, ante todo, de la concordia, pero sin dejar de defender lo esencial de las ideas tradicionalmente vivas. Para Chevalier, Rosmini y sus discípulos fueron acusados de cierto deslizamiento hacia el panteismo (cosa que no es verdad y de la que protestará vehementemente nuestro gran Sciacca). Rosmini quiso en el orden político dar una base filosófica conforme con su genio al "Risorgimiento" italiano y de acuerdo con el espíritu y dogma del catolicismo. Es, una figura varia. Y aunque se le haya acusado de liberal-conservador, sus ideas bebieron en el manantial tradicional. Algo parecido se puede decir de Balmes a quien muchos le reprocharon su actitud moderada olvidando en cambio su decidida inclinación frente a todo conservadurismo. Lo mismo puede decirse de Menéndez y Pelayo. Para todos pueden servir las palabras de Beneyto aplicadas a Balmes: "Fue un enamorado de la concordia y por ello también lo fue de la unidad".

Como un campeón del conservadurismo ha sido citado muchas veces el polifacético Hegel. En parte hay que ver en él lo conservador; en parte lo tradicional; en parte la compuerta que abrió al río revolucionario. El comunista Lukaks afirma "que una niebla tornasolada envuelve la figura de Hegel. Algunos le llaman —continua— el filósofo del prusianismo reaccionario, mientras que Herzen ve en su método, el algebra de la Revolución". No olvidemos que Marx

se inspira en Hegel y también que el nazismo y otros totalitarismos le deben mucho en su arsenal doctrina. Pero pese a todo, no hay que olvidar que Hegel es, a nuestro modo de ver, un representante conspicuo de un conservadurismo a ultranza.

Un típico representante del conservadurismo es el alemán Haller que tanto influyó en el círculo político de Federico Guillermo IV. Exalta ante todo la idea conservadora y crítica al pacto social y al idealismo. "Cree —lo recuerda Beneyto— que la autoridad procede de la naturaleza, ya que la forma de gobierno depende de su circunstancia". De ahí al más puro conservadurismo no hay más que un paso. No es lo que ocurre en cambio con Moriz Liebar y otros que reciben el mensaje tradicional que late en las banderas de Burke. Lo mismo puede decirse del suizo Sismondi. Por su parte en Inglaterra, hay que mencionar a los discípulos del autor de las Reflexiones sobre la Revolución Francesa: Blackstone, Brown y Ferguson. El primero —seguimos a Beneyto— es el autor de unos "Comentarios" en los que se declara enemigo del Pacto Social y un exaltador de los derechos inspirados en un orden natural y cristiano.

En América del Sur hay que destacar la original postura de Bolívar, dentro de un cuadro general de revolucionarismo y conservadurismo repartido a medias. Bolívar quiere una democracia orgánica (como verán la palabra no es tan moderna como creíamos), jerárquica y teórica. Como dice Beneyto, los términos son bastante expresivos y reflejan la síntesis de un espíritu poderoso ante el contraste de todos los democratismos desatados y de la reacción conservadurista de la nostalgia monárquica. Así influye —dice— en la Constitución chilena de 1833, en Alberdi que es el inspirador de la Constitución Argentina de 1853, en Bartolomé Herrera en la Constitución peruana de 1860 y en la colombiana que acoge muchas de las ideas de Balmes.

Una figura muy interesante —para el Cardenal Herrera era junto a Balmes y Menéndez Pelayo el otro elemento del trío del pensamiento tradicional español— es Jovellanos al que muchos han atacado de liberal y de conservadurismo a ultranza. Jovellanos pertenece también a los pensadores de "alma escindida" pero lo mejor suyo, lo perenne, no puede ser encuadrado en un infértil conservadurismo.

Para nosotros Jovellanos sostuvo principios alejados de éste en grado sumo e indiscutible. Por una parte condena sin paliativos -- seguimos aquí a Sánchez Agesta- el espíritu revolucionario para oponerle el espíritu reformador (nosotros diríamos mejor innovador), espíritu que parte del más íntimo valor de la tradición. Nunca dejó de identificar a España con la Religión, con su auténtica Constitución (aquí se adelanta a la famosa Constitución interna de Cánovas), con sus leyes, con sus usos. "En una palabra —termina— con su tradición". Y señalando una característica muy valiosa de Jovellanos, su rotunda oposición al absolutismo, agrega Sánchez Agesta que "el ilustre asturiano creía que antes de mejorar hay que restablecer las leyes fundamentales que el despotismo haya atacado o destruido". Muy bien ha señalado Maravall el punto de partida de Jovellanos: "La estimación de la novedad aparece en Jovellanos como consecuencia de un sentido dinámico de la sociedad, basado en el desarrollo económicosocial animado por el interés y movido por la libertad". El propio Jovellanos nos muestra una línea de su pensamiento al decir: "La creación de nuevas artes sólo puede ser un efecto de la libertad. Ese ingenio, a favor de ella y estimulado por el interés, observa, ensaya, inventa, imita, produce, nuevas formas y crea finalmente objetos que al favor de la novedad, se buscan y recompensan con gastos por el consumidor". Reformar, innovar, renovar son para nosotros —lo repetimos una y mil veces- una de las direcciones de la tradición dinámica, la otra es la que conserva a su vez el tesoro de un pasado con validez permanente, "No se perfeccionaría el mundo sino se renovase", escribió Saavedra Fajardo.

Una auténtica reacción contra los liberalismos y los conservadurismos, vista su esterilidad y su incapacidad para resolver los problemas planteados es el pesimismo intelectual de grandes pensadores. "En el año 1848 —escribe Dempf— comienza el pesimismo del siglo diecinueve que hasta entonces había sido romántico, esteticista y seudo religioso a hacerse política; desde 1848 se hace la rebelión de las masas una palpable amenaza... Los de alta y mucho más los de muy alta formación, los aristócratas del espíritu, desarrollan entonces aquella pesimista filosofía de la historia, de la decadencia inevitable de la cultura occidental que va desde Ernest Von Lasaulx, Jacob

Burkhardt, Friedrich Nietzsche hasta Spengler y Ortega y Gasset. Así como la superioridad de la cultura liberal había sido también desde hacía tiempo un serio peligro para la verdadera cultura espiritual, había significado siempre, sin embargo, un cierto elemento conservador, el que todavía se defendiera la propiedad a la vez que un cierto freno a la desbocada demagogia de la excitación de las masas y de clases. Cuán débil había de ser este medio conservador liberalismo, tan pronto irrumpiera en la lucha política y social, todo el ímpetu de la lucha de clases de las crecientes masas industriales, lo experimentaban ya con estremecedora claridad los hombres cultos verdaderamente eminentes, de tal manera que no creían ver ninguna otra solución que la dictadura militar y posteriormente el cesarismo. Donoso pertenece, asímismo, como brillante orador y profesor de literatura en su juventud, a estos aristócratas de la inteligencia y aquí ha de buscarse una de las raíces de su profundo pesimismo frente a la amenaza de la cultura Europea. Pero al mismo tiempo forma parte de otro frente, el que se opone al moderno paganismo tal como se presenta desde la "Aufklarung" pero especialmente desde Hegel y el hegelianismo y desde el socialismo de Proudhon y sus contemporáneos. En este aspecto resulta más bien contemporáneo de Kierkegaard (1813-1857) y comparable, sobre todo, con este decidido cristiano v éste consciente de su misión "correctivo de su tiempo" con el que compartía el odio hacia la prensa, los demagogos socialistas, la indecisa burguesía y sobre los filósofos, estos enemigos, los más peligrosos del cristianismo, un odio que convirtió a Donoso en un consciente y decidido católico". Examinemos brevemente la postura de Donoso, quien después de abandonar el liberalismo de su juventud pasa al rico caudal de la auténtica tradición, sin dejar por ello alguna de sus antiguas tesis. El problema de Donoso es que, tradicionalista en la teoría, tiene que apoyar en la práctica el conservadurismo de Narváez. Pero no creo que esto justifique la frase que emplea Dempf para definir la postura de Donoso a partir de 1848 como "la de un riguroso y exclusista conservadurismo". En todo caso solamente se le puede aplicar un cierto carácter conservadurista, pero en este caso obligado por las circunstancias históricas. Carl Schmitt contempla a Donoso como el primer

teórico del Estado que saca la consecuencia de que ante la total destrucción del concepto tradicional de la legitimidad sólo queda el recurso de la dictadura. El problema interesante es saber si estaba Donoso convencido de la necesidad de la dictadura o aplicó la dictadura a un hecho muy concreto, o únicamente como un mal menor. De las diversas soluciones que se han dado preferimos la de Vegas Latapie, que afirma contra Carl Schmitt que Donoso aceptó la dictadura como un simple mal menor. Pero que jamás su famoso discurso tuvo por fin sostener a Narváez, ya que el discurso del 30 de diciembre de 1850 derrumbó "por corrompida y corruptora" la dictadura de Narváez. Sea cualquiera la solución del caso lo que si hay que reconocer que el famoso discurso de la dictadura de Donoso obedece a una solución concreta, a una auténtica situación límite al no poder disponer de los resortes que le prestaba la tradición en aquel momento histórico.

Por último el liberal conservador y campeón de un conservadurismo ilimitado, Cánovas, se expresa con sentido tradicional al recoger la tesis de la Constitución interna "que está inscrita por el dedo de Dios en el polvo de los siglos" y a la que debe ajustarse la constitución externa. Pero esta constitución externa no supo ni pudo recoger el aliento de la verdadera Constitución interna que en el fondo no es más que la auténtica y verdadera constitución tradicional.

8. Examen especial de Balmes.

De un enorme interés, incluso por lo desconocido que es en España, es el pensamiento de Rosmini, el gran filósofo italiano. Como nos fue imposible encontrar sus escritos políticos recomendados por ese tremendo admirador de su paisano que es Sciacca, nos servimos en la charla pronunciada en Salou del resumen de uno de los capítulos de Sciacca en uno de sus libros fundamentales. Pero dada la circunstancia de que en la revista "Verbo" se ha publicado el capítulo íntegro, nos abstenemos ahora de resumir el pensamiento Rosminiano en torno al problema del conservadurismo en la vida política y social. Por ello nos limitamos a remitir esta parte del trabajo a la citada revista.

Volvamos ahora a un autor español de inapreciable valor: Jaime Balmes. También ha padecido como Rosmini de la incomprensión de muchos, también como Jovellanos y Donoso fue acusado de ideas conservaduristas. Nada más lejos de la verdad. Hombre embebido en la corriente de la tradición más pura, la que salva los meandros del tiempo con la flecha de la verdad superadora, vio los problemas de España de acuerdo con esta esplendorosa luz. Recojamos referentes a nuestro trabajo los principales párrafos de su obra. Nuestra labor consistirá en la sencilla tarea de espigar en su frondosa y rica cosecha.

Balmes escribe hablando del partido moderado del siglo XIX: "Se ha formado entre nosotros un partido que cuenta entre sus miembros una parte selecta de la nación, que apellidándose con distintos nombres y presentándose con formas más o menos constantes, ha ejercido mucha influencia en los negocios de nuestra patria y que, al parecer, alimenta una convicción profunda de que sólo él es capaz de sacar la España a puerto seguro y de labrar su propiedad y grandeza. Pronunciando sin cesar las palabras moderación, oportunidad, tino y lentitud de las reformas, sin descuidar en afianzamiento de la libertad se halla persuadido de que posee la feliz combinación de las dotes que se necesitan para gobernar bien en la presente época, como son: Vasto saber, buena voluntad y un gran fondo de provisión y cordura". (Pero veamos, agregamos por nuestra parte, las consecuencias de este típico conservadurismo que en principio no aparece corrompido ante nuestros ojos.)

"No trato de rebajar —continua Balmes— en nada el mérito de estos hombres pero séame permitido preguntarles: ¿Cómo es que hayan presentado el extraño fenómeno de parecer fuertes mientras estaban por subir al poder, mientras combatían a sus adversarios, mostrándose luego vacilantes, flacos, incapaces de dominar las circunstancias así que han empuñado las riendas de mando? ¿Cómo es esto posible? ¿No se han aprovechado de las amargas lecciones que ha recibido la Europa por espacio de medio siglo? ¿Cuál, pues, podrá ser la causa? ¿Será la guerra? ¿Serán circunstancias pasajeras pero inevitables? No negaré que haya sido mucha la influencia de estas causas para producir semejante efecto, pero la más radical, la más profunda, la más eficaz, es otra muy diferente, es que los moderados

han estado por lo común en una posición muy falsa, no se han levantado a bastante altura para comprender la verdadera situación de España. Y así es que sus palabras no han tenido un eco universal en la nación española y sus sistemas han encontrado, cuando no abierta resistencia, al menos una inercia invencible". (Falta la vida, sobra la inercia: características del conservadurismo, es decir, visión estática de la historia, apuntamos nosotros.)

"En esta última época no han faltado hombres de ese partido que han levantado muy alta la voz para señalar la senda del bien y que, aunque pertenezcan a las ideas de moderación, han mostrado, no obstante, que habían meditado seriamente sobre la nación española arrojándose con noble resolución a señalar los yerros que habían cometido sus propios amigos, así es que, observando atentamente el curso de las ideas, se nota que va formándose un nuevo partido moderado y que si bien su nombre es el mismo su bandera es diferente de las que habían enarbolado algunos de los moderados antiguos...". Más adelante el filósofo de Vich continúa: "Y a la verdad ¿cómo era posible que hombres de tan claro entendimiento pudieran desconocerse, mientras sus sistemas llevaran el sello, aunque retocado, de una escuela muy aborrecida en España, no eras posible encontrarse en la generalidad de la nación ni apoyo ni simpatías?" (Veamos seguidamente como califica Balmes el conservadurismo inerte surgido de la Revolución Francesa.) Y así escribe: "Los excesos de la Revolución francesa dieron origen a una nueva escuela que, si bien recibía muchas de las inspiraciones del siglo XVIII había tomado por divisa: escarmiento, desengaño. Para esta escuela los principios del siglo XVIII eran excelentes, sus miras muy altas y generosas, solo que tuvo la desgracia de ser demasiado amiga de teorías, de cuidar poco del examen de los hechos, y, sobre todo, los hombres encargados de realizarlo, fueron hombres de mucho estudio, pero de ninguna práctica, y así si brillaron en el gabinete como sabios, cometieron gravísimos yerros cuando se vieron convertidos en hombres de gobierno. Como esta escuela (doctrinaria conservadurista aclaro yo) ha estado muy en boga en Francia, puesto que algunos de los hombres más célebres de esta nación o la han fundado o han tomado en ella, como las vicisitudes de nuestra patria, han arrojado frecuentemente a países ex-

traños a los hombres que figuraron desde un principio en el partido liberal, como nuestras revoluciones y restauraciones han tenido alguna semejanza con las de Francia no es extraño que a muchos de nuestros hombres los hayan deslumbrado aquellas doctrinas, mayormente cuando la instrucción de alguno de ellos fue bajo las inspiraciones de la filosofía del siglo XVIII y no eran tampoco para desconocidos y olvidados los desengaños y escarmientos que en tanta abundancia habían podido recogerse en la península". Seguidamente añade: "En Francia puede ser más o menos peligrosa esta doctrina, podrá dar más o menos resultado bien que al fin por necesidad se irá debilitando a causa del germen de muerte que entraña en su seno; pero en España es inaplicable, encuentra siempre resistencia, y si hubiera empeño en seguirla no haría más que prolongar nuestra inquietud y desdicha. En ciertas épocas hemos visto que el sistema moderado podía formularse en estos términos: Esto es bueno, pero no oportuno; la generalidad de la nación que pensaba que ni era oportuno ni era bueno. oía con recelo semejantes palabras y miraba a los moderados... con suspicaz desconfianza".

El filósofo vicense dice a continuación: "Si estos hombres quieren dominar el porvenir de la nación, si quieren que se les encomiende el curar de los males de nuestra patria y labrar su prosperidad y ventura es menester que se despojen completamente de las preocupaciones que les inspiraron sus primeros maestros, preocupaciones que los ciegan todavía aun cuando les parece que han abandonado enteramente la enseñanza recibida en la escuela del siglo XVIII. Es menester que no muestren tanto apego a sus primeros recuerdos, tanto interés por ciertos principios, tanta esquivez hacia lo que a esos principios se opone, y que examinen con cuidado su corazón para saber si quizá algunas veces obedecerá a la influencia de antiguos rencores fomentados y agriados más y más por las privaciones y padecimientos que les han acarreado las vicisitudes políticas. No bastan, ya, no, esos sistemas indecisos y flacos que no parece sino que transigen con las pasiones de todos los bandos y que al fin no consiguen otra cosa que ser odiados por todos, viéndose en la necesidad de sucumbir al primer choque ...".

Refiriéndose a la monarquía conservadurista de Luis-Felipe, y

por no dejar de la mano a Jaime Balmes, recogemos a continuación sus juicios sobre la misma, aunque pudieran tener también su lugar en la última parte de este trabajo al examinar algunos ejemplos históricos del conservadurismo. Pero en estos casos la repetición no es mala.

"¿Quiénes son esos hombres que desde 1830 rigen los destinos de la Francia? ¿De dónde vienen? ¿Adónde van? ¿Cuáles son sus principios? ¿Cuál la norma de su conducta? ¿Cuáles sus lazos con los pasados, sus miras sobre el presente, sus trabajos para las generaciones futuras? ¿Representan un sistema estable, marchan a un blanco determinado, tienen sus ojos fijos a lo que en pos de ellos ha de venir? Desconsoladoras reflexiones se agolpan a la mente al proponerse las cuestiones indicadas; tristes pensamientos se apoderan del alma al considerar la terrible evidencia con que se manifiestan los funestos resultados acarreados a una gran nación por un siglo de impiedad y medio siglo de ensayos revolucionarios. Las bases sobre que se asienta toda sociedad son los principios religiosos y morales, las buenas ideas sobre el poder y las relaciones legítimas de éste con los súbditos. Ahora bien, ¿qué piensan sobre la religión los hombres que presiden los destinos de Francia? Para ellos la diferencia es un progreso social; para ellos las naciones han dado un paso inmenso en la carrera de la civilización cuando se ha desterrado a Dios de la sociedad, cuando la Ley se ha hecho atea. ¿Qué piensan sobre el poder? ¿Viene de Dios, dimana de los hombres, se origina de la simple naturaleza de las cosas? ¿Cuáles son las condiciones de su legitimidad?, preguntárselo, y de todo os hablarán excepto de Dios: la voluntad del pueblo, la razón pública, expresiones semejantes serán las respuestas que oiréis, y en el fondo de todo ¿qué encontráis?, nada más que el simple reconocimiento de un hecho, hecho que tratan de modificar como mejor les agrada, sobre todo de explotar cual mejor cumple a sus miras de intereses, a su sed de riquezas, a su ambición desmedida. ¿Dónde están la Filosofía, y la Historia, y la Humanidad, y el honor de la Francia, y el orgullo nacional, y el hermoso porvenir, y tantas bellas palabras con que durante quince años se halagaba a la razón y las pasiones, inspirándolas fuerte aversión a todo lo presente y preparando la explosión que había de volcar el

antiguo poder, por el altísimo motivo de que en él no tenían cabida algunos periodistas, unos cuantos profesores y cierto número de comerciantes y banqueros? Cambiadas las condiciones de los hombres, es un mal lo que antes era un bien; es un bien, y un bien necesario a la conservación de la sociedad, lo que antes fuera un horrendo crimen. Antes la prensa era la voz del pueblo, el eco de la nación entera, el órgano de la razón pública, la expresión de los intereses más legítimos, el clamor de las necesidades más urgentes; el poder que lo desoyera se hacía de las necesidades más urgentes; el poder que lo desoyera se hacía reo de alta tración, digno de que se le arrojara con violencia e ignominia; ahora es la prensa el alarido de las pasiones bastardas, el grito de la ambición chasqueada, el respiradero de las sociedades secretas que sólo se proponen provocar horrorosos trastornos; el poder que la desoye hace un acto de heróica firmeza, los hombres que se levantan a la altura conveniente sabiendo despreciarla son los únicos dignos del título de hombres de Estado; el honor nacional, la independencia del país, sus relaciones con el extranjero, son cosas que el público no entiende, son palabras cuya interpretación está exclusivamente sujeta al juicio del gobierno y de sus dependientes. La opinión de éste debe ser preferida siempre, aun cuando lo contrario sea más claro que la luz del sol del mediodía. Si la Francia ha descendido del rango de nación de primer órden, si contempla humillado su pabellón en España y en Siria, si los gabinetes europeos resuelven las grandes cuestiones sin el voto de la Francia y a pesar del voto de la Francia, si los comodoros ingleses ejecutan los acuerdos de la Europa asistiendo las flotas francesas, a las operaciones que destruyen el poder del protegido de la Francia, si en España no se levanta el dedo sin preceder las insinuaciones de lord Aberdeen, si no se hace caso de la reclamación de las Tullerías hasta que en Sant-James se ha dado la señal de que conviene una ligera contemporización, todo esto en nada se opone al horror, a la dignidad, al orgullo de la Francia. Un elocuente discurso pronunciado por Guizot y unos cuantos artículos del "Diario de los Debates" bastan para curar el mal en su raíz; y si quedan todavía algunos incrédulos que se abstienen en decir que la Francia no ocupa el alto puesto en que la colocaron Luis XIV y Napoleón, oigan el concluyente argumento de los elogios que tributan a cada instante, en presencia de la Europa entera, los interesados ministros ingleses a la política modesta del gobierno francés. He aquí lo que son estos hombres; he aquí la situación lamentable a que se halla conducida una gran nación, merced a los que toman derivado todo lo existente sin estabilidad y duración, han dejado a la sociedad como casa cimientada sobre la arena, expuesta a caer a la primera arremetida de los vientos". Más tarde Balmes enjuicia este auténtico conservadurismo.

"Estos hombres gobiernan la Francia porque en algún modo representan la Francia. Ellos son hijos de la Revolución y discípulos más o menos encubiertos de la escuela filosófica del pasado siglo; y la Francia tal como existe es también hija de la revolución y formada también en buena parte en la misma escuela; ellos profesan odio a todo lo antiguo, y gran parte de la Francia ha cambiado también de ideas y costumbres, apartándose del camino que siguieron sus antepasados; ellos no se atreven a sacar todas las consecuencias de los principios que profesan y la Francia tampoco se atreve a hacerlo: También retrocede espantada a la vista del fantasma aterrador que amenaza arrebatarle su bienestar material destruyendo el orden público; ellos desean enlazar en apariencia lo presente con lo pasado, sin abjurar, empero, sus erróneas doctrinas y la Francia se inclina también a rehabilitar los siglos anteriores en la Literatura, en las Ciencias, en las Artes, a la manera de distracción y pasatiempo, no concediéndoles, empero, sino un lugar muy secundario, en las regiones del entendimiento, más no ascendiente sobre el corazón; ellos están inciertos, la Francia está incierta sobre el corazón; ellos fluctúan, la Francia fluctúa también; ellos no piensan en el día de mañana porque los ocupa el día de hoy (¡Qué gran verdad --subravo vo— que late como melodía inacabable en el corazón de todos los conservadurismos!); ellos descuidan la Gloria nacional y se ocupan principalmente de los intereses materiales y en eso imitan a la Francia, que, trabajada y maleada por una filosofía irreligiosa, ha visto entronizar en su seno el egoísmo, que no conocen otros medios que el oro ni otro fin que el goce. No, no tienen la culpa los gobernantes y aquella nación desciende del alto puesto que le corresponde. En trece años de paz, con un gobierno representativo, de

tanta latitud, la prensa libre, la guardia nacional, un numeroso ejército, con un monarca de alta capacidad, no es posible que prevalezca una política que no esté adaptada a las circunstancias del país; no es dable que se sostengan en el poder unos hombres, si existen otros que posean un sistema mejor y que al mismo tiempo sea realizable. La Francia sufre esa política porque la merece."

Y refiriéndose a la España de su tiempo, Balmes escribe:

"Las escuelas conservadoras de nuestros tiempos, que se han propuesto en frenar el ímpetu revolucionario y hacer entrar las naciones en su cauce han adolecido casi siempre de un defecto que consiste en olvidar la verdad que acabo de exponer. (Se refiere aquí Balmes a los países en donde la religión y la moral reinen en todos los espíritus, donde no se mide como vana palabra el deber, donde se considere como un verdadero crimen a los ojos de Dios la turbación de la tranquilidad del Estado y la rebelión contra las autoridades legítimas, serán menos peligrosas las teorías en que, analizándose la formación de las sociedades e investigando el origen del poder civil, se hagan suposiciones más o menos atrevidas y se establezcan principios favorables a los derechos de los pueblos.) Pero cuando estas condiciones faltan poco vale la proclamación de doctrinas rigurosas; de nada sirve abstenerse de nombrar al pueblo como una palabra sacrílega. Quien no acepta a la majestad divina ¿Cómo queréis que respete la humana? La majestad real, la autoridad del Gobierno, la supremacía de la Ley, la soberanía parlamentaria, el respeto a las normas establecidas, el orden, son palabras que salen incesantemente de su boca presentando estos objetos como el paladín de la sociedad y condenando con todas sus fuerzas la república, la insubordinación, la desobediencia a la ley, la insurrección, las asonadas, la anarquía; pero no recuerdan que estas doctrinas son insuficientes cuando no hay un punto fijo donde se afiance el primer eslabón de la cadena. Generalmente hablando, estas escuelas salen del ser mismo de las revoluciones, tienen por directores a hombres que han figurado en ellas, que han contribuido a promoverlas e impulsarlas y que ansiosos de lograr su objeto, no repararon en minar el edificio por sus cimientos, debilitando el ascendiente de la religión y dando lugar a la relajación moral". Más adelante se refiere Balmes a estas

fuerzas conservadoras salidas de la revolución y que caen "en el error de atribuir a la simple acción de los gobiernos civiles una fuerza creadora, que independientemente de las influencias religiosas y morales, alcanza a constituir, organizar y conservar la sociedad.

En sus escritos políticos —no olvidemos que no tratamos ahora de obras doctrinales sino del artículo periodístico y polémico, aunque su fondo de verdad le hace válido para cualquier situación semejante pese al momento concreto en que fueron escritos Balmes habla de una parte del partido conservador de su tiempo que el considera "pequeñísima" y que nosotros definimos como ejemplo de lo que es el conservadurismo. El filósofo de Vich dice: "El carácter de este partido ha sido el tener un carácter revolucionario combinado con la timidez; deseo de lograr un fin, pero fáltale audacia. El se encargó de abrir las puertas de la revolución y él se encarga de legalizarla. No mató a los frailes ni incendió los conventos, pero dejó incendiar y matar y no se ha encontrado mal con que otros le desembarazasen de conventos y frailes. No decretó la supresión del diezmo, pero ya que otros lo hicieron ha acogido con placer la supresión y la defendería con ardor si necesario fuere. No despojó a la Iglesia de sus bienes pero, supuesto que otros la despojaron, ha acelerado la venta cuando le ha sido posible, ha aceptado el hecho que llama consumado, pero en cuya consumación no le ha cabido escasa parte; y si bien ha suspendido la venta de lo poco que quedaba por no poder resistir más a la fuerza de la opinión pública y a sus recientes compromisos, no ha sido para una restitución, sino conservando la prenda para legalizar por medio de ella toda la obra revolucionaria. Injustos -termina Balmes- han sido los progresistas cuando en este punto han llamado reaccionarios a los hombres de la situación, siendo tan fácil de ver que esa apariencia de reacción no era contra toda la revolución sino en algún modo en favor de la revolución; no para destruir sus hechos sino para consolidarlos, poniéndole un sello inviolable".

9. La posición de Menéndez y Pelayo.

A pesar de haber formado parte de la mayoría liberal conservadora de Cánovas en el Congreso, Menéndez y Pelayo no aceptó nunca las tesis conservaduristas. Firmemente agarrado a la tradición fue un campeón irresistible de sus ideales pese —o quizá por ello mismo— a que precisamente de los extremistas que se llamaban tradicionalistas, pero que en realidad no eran más que doctrinarios petrificados en un absolutismo imposible, recibiera los más furibundos ataques.

El gran polígrafo santanderino escribe en la Historia de los Heterodoxos Españoles": "¡Siempre la misma historia! Los progresistas, especie de vanguardia, apaleadora y gritadora, decretan la venta o el despojo; los moderados o los unionistas acuden al mercado y se enriquecen con el botín, tras de lo cual derriban a los progresistas, desarman la milicia nacional y se declaran conservadores, hombres de orden, hijos sumisos de la Iglesia, etc. (¡Qué parecidas estas frases a las que hemos leído antes de Jaime Balmes!) El país los sufre por temor a nuevos motines, y lo hecho, hecho se queda; porque ¿quién va a lidiar contra hechos consumados? La hidrofobia clerical de los unos nada duradero produciría, si después de harta y desfogada, no viniera en su ayuda la templanza organizadora de los otros".

Y en su discurso al ser elegido diputado por Aragón en 1891, exclama: "Debemos inspirarnos en algo superior a lo que vulgarmente se entiende por espíritu de partido; no lo es en rigor el nuestro y sería grave injusticia confundirlo con las infinitas banderías que en nuestro país aspiran al régimen de la cosa pública. El partido conservador es, o debe ser, algo más que esto; debe ser la congregación de todos los hombres de buena voluntad que no han renegado de su tradición y de su casta y que sostienen y defienden la unidad del espíritu español y dentro de él la riquísima variedad de sus manifestaciones regionales; de los que en vez de la unidad yerta y puramente administrativa sueñan con la unidad orgánica y viva; de los que en las cuestiones económicas tiene por único lema el interés de la producción nacional, hoy tan comprometida y vejada, y de los que en materias más altas opinan que la mayor pureza de creencias no es de ningún modo incompatible con los únicos procedimientos de gobierno de hoy posibles y con toda la racional libertad que puede tener una política amplia, generosa, expansiva y verdaderamente española, única que puede dar vida a una administración honrada,"

En otra ocasión escribe: "Y así aconteció, en efecto, convirtiéndose desde entonces en anarquistas y agitadores perpetuos los antiguos exaltados, que comenzaron a llamarse progresistas; y agrupándose los restantes para formar un partido conservador y de orden, que tuvo el pecado irreparable de no llegar a españolizarse jamás, de gobernar con absoluto desconocimiento de la historia, empeñándose en implantar una rígida centralización administrativa, en ninguna parte tan odiosa y tan odiada como en España, pero partido al cual no pueden negarse, sin injusticia notorio, buenos propósitos, mejoras positivas, y, sobre todo, generosos arranques y grandes servicios a la defensa social en momentos críticos y solemnes en que el árbol de la vieja Europa amagaba troncharse al peso del huracán de 1848."

10. Aspectos concretos del conservadurismo en la historia.

Puede afirmarse siempre que en toda civilización, ya sea cíclica o lineal, ya sea de la clase que fuera, en toda unidad histórica, si se quiere, existen fases de conservadurismo que responden a un momento histórico concreto. Se podría hablar del conservadurismo como un eón de los que hiciera tanto uso y genialmente D'Ors. Así, creo yo que puede hablarse del eón conservadurista que se repite en la Historia, lo que no nos hace adherirnos a la tesis del retorno eterno ni a la de la repetición cíclica de la Historia. Pero es verdad que en el fondo de todo movimiento político se pasa alguna vez por la fase conservadurista. Pese a repetirnos y de mencionar autores ya examinados, comprobemos algunos aspectos del conservadurismo en la Historia.

Es interesante contemplar el problema del romanticismo en su relación con el objeto de nuestro tema. Suele situarse en el período comprendido entre la vida de Goethe y la de Baudelaire, es decir, entre mil setecientos cuarenta y nueve y mil ochocientos sesenta y siete: El nacimiento del último clásico y la muerte del primer hombre de nuestro tiempo. Pero, ¿es sólo un término para designar esta época concreta o es una constante histórica, como creemos nosotros, al igual que el conservadurismo, aunque propiamente al referirnos a este término pensamos casi exclusivamente en el conservadurismo

surgido de la Revolución francesa? ¿Es el conservadurismo como el romanticismo una especie de manierismo aplicado a un fenómeno histórico? Ferrater dice que los historiadores se inclinan por la concepción que comprende al Romanticismo como ese período al que nos hemos referido antes; pero algunos filósofos de la historia y de la cultura creen que ambos conceptos, romanticismo y conservadurismo, se repiten en el devenir de los tiempos, aunque cada vez con especiales características. Según esto el romanticismo ha estado presente en varias épocas y constituye una de las dimensiones del alma faústica y dionisíaca en oposición al alma apolinea. "Así, en la cultura griega —escribe— predominaría la constante clásica; en la germánica la romántica."

¿Pero es que cabe apreciar una posible unión entre los conceptos de conservadurismo y romanticismo? El romanticismo es, ante todo, un rechazo de la noción de medida, es exaltado, dinámico, predomina en él la intuición y el sentimiento. El conservadurismo es burgués, petrificado, casi dormido, estático y predomina en su concepto la idea de la permanencia, de la continuidad de un orden muerto. En él hay, sobre todo, un análisis de un pasado concreto, mesurado y aburrido y una razón impregnada sólidamente en las vulgaridades de una conciencia burguesa.

Traemos aquí, de paso, el tema porque no hay que olvidar que el romanticismo actuó política y decisivamente en el siglo XIX en las filas más exaltadas del liberalismo. Pero tampoco se puede olvidar que existe en él una tendencia conservadora, una vuelta a la Edad Media, una Edad Media falsa, de cartón y piedra, es decir, una Edad Media conservadurista y de espaldas al río de la historia. También existe un romanticismo opuesto al espíritu de la Ilustración que desembocó en dos facetas: una revolucionaria y otra conservadora. Esta última de escaso valor como no sea el del desprecio por una realidad burguesa y superconservadora que le asfixiaba. Y en este sentido de protesta del Romanticismo contra la realidad ambiente, anclada en un pasado concreto y embalsamado, hay que ver las facetas de su validez. Pero es preciso reconocer que, como muy bien decía Vegas Latapie en su Romanticismo y democracia, en general el movimiento romántico militó bajo las banderas revolucionarias.

Capitalismo y conservadurismo son palabras casi gemelas. Porque si por un lado hay que reconocer el espíritu inicial y vivo del capitalismo también es preciso admitir que poco a poco se fue convirtiendo en inmovilismo, inercia y rutina. En una palabra, fuera de algunos casos, en un conservadurismo. Sin meternos en los problemas planteados por Sombart, Fanfani y Weber, que pese a lo que se dice por muchos que sostienen que no considera al protestantismo como causa del capitalismo cuando para nosotros el calvinismo tiene una directa influencia en el capitalismo y en el conservadurismo, es indudable que en general los movimientos reformistas inspiraron su creación. El capitalismo es, a los efectos de nuestro estudio (aunque reconocemos que en muchos momentos presenta un aire dinámico y renovador), un arquetipo de las sociedades nacidas del conservadurismo. Y en los últimos lustros esta visión conservadora del capitalismo se hace cada vez más intensa y de más acusados perfiles. Parodiando a Calvo Sotelo podríamos hablar de un conservadurismo de intereses y un conservadurismo de ideales. Estos están basados en la corriente fecunda de la tradición y constituyen una de las ramas del pensamiento que propugnamos.

Dentro del grupo de conservadurismos hay que poner muchos de los aspectos de la Santa Alianza. Canals en su Cristianismo y revolución, al hablar de los complejos problemas que plantean la Santa Alianza y el significado de determinadas palabras, escribe: "Restauración, Santa Alianza, Tradicionalismo francés. Sobre tales temas estamos acostumbrados a los distingos. Porque la especialísima actitud en que el ambiente revolucionario coloca a quien se enfrenta con la revolución, ha impulsado, desde aquellos tiempos, a un característico tipo de negaciones y distinciones: el tradicionalismo no es la Santa Alianza, la Santa Alianza no fue la restauración católica, la Restauración no fue verdaderamente contrarrevolucionaria, y, por otra parte, la contrarrevolución no es reaccionario o bien el catolicismo no es conservador... o el conservadurismo no es reaccionario o bien el catolicismo no es conservador, sino liberal, democrático, revolucionario."

Se ha afirmado mucho el carácter tradicional de la Santa Alianza, cuando para nosotros, en muchísimos de sus principios laten doctri-

nas radicalmente conservaduristas, aunque de tipo diferente a las del conservadurismo napoleónico. Canals escribe: "El tratado propia y verdaderamente llamado la Santa Alianza, que fue firmado a iniciativa del Zar Alejandro de Rusia, estuvo inspirado por unos ideales y orientado por un espíritu distinto ciertamente del que predominaba en el Congreso de Viena y que tampoco coincidía con el tradicionalismo francés". No hay que olvidar -- seguimos en este punto a Canals- "que se aceptara la tesis propuesta por muchos que mezclan la tarea de Alejandro I con las ideas expuestas en el Congreso de Viena y con las defendidas por los escritores representativos de la tradición francesa; De Maistre y De Bonald serían en la Europa de la restauración los teóricos y maestros de la política de la Santa Alianza, lo cual ... equivale a decir: Los doctrinarios del despotismo. los apologistas y defensores de lo que Montalembert en los momentos ardientes del "Avemir" calificaba como "la obra impía del Congreso de Viena".

Para nosotros la Santa Alianza es, ante todo y sobre todo, un movimiento reaccionario y conservador, muchas veces del peor de los conservadurismos, con unas pinceladas tradicionales en las declaraciones solemnes pero que en la práctica, como todo movimiento conservadurista, desapareció en el paso de muy pocos años. Valiéndonoe de las ideas expuestas por Canals podemos decir que la Santa Alianza surgió de las ideas de un Zar absolutista, mitad jacobino, mitad místico, se inspiró en muchas de las reacciones abundantemente liberales de los países sojuzgados por el terror napoleónico; acogió junto a principios sanos una multitud de formas rancias, podridas, de un pasado inmediato, y no supo enlazar con la verdadera tradición de la que se declaró, en cambio, con notoria desverguenza, hija predilecta.

El problema del conservadurismo típico en España surge con el carácter concreto que nosotros damos al fenómeno aplicado principalmente a su vigencia posterior a las ideas revolucionarias, con las Cortes de Cádiz. Es curioso —como dice Sánchez Agesta— que esta Constitución evidentemente liberal "quiere ser una revolución tradicional". En su preámbulo se anuncia la voluntad de "regularizar y poner en consonancia con las necesidades actuales del Estado, los an-

tiguos fueros y libertades de estos reinos". Unos de sus defensores más acérrimos, Martínez Marina, sostiene crédulamente que los principios que la informan y hasta la Constitución francesa que le sirvió de modelo, son la fiel expresión de la tradición política española. Mucho liberalismo, escaso espíritu tradicional y bastantes facetas conservaduristas, de un conservadurismo asustadizo, que muchas veces degenera en el absolutismo, son para nosotros las principales características de las Cortes de 1812.

Federico Suárez ha visto con agudeza las tres corrientes ideológicas que luego perduraron durante la crisis del antiguo régimen. La conservadora, la innovadora y la renovadora. La conservadora está integrada por los que defienden la tesis de que el antiguo régimen (nos referimos al antiguo régimen de los Borbones, es decir, a un régimen inmovilista y absolutista inspirado en la monarquía francesa y no en el verdadero espíritu tradicional de España) no debe transformarse. Todo pese al curso del tiempo (seguimos a Suárez y Comellas) debe quedar como estaba antes de la invasión francesa. La corriente innovadora quiere hacer tabla rasa del pasado (agrego yo, de todos los pasados aunque fueran buenos) considerando todo lo antiguo por el mero hecho de serlo, trasnochado, inútil, muerto. Para ellos hay que tomar en bloque el modelo de la Francia revolucionaria. Por último, están los renovadores (en mi opinión desgraciadamente los menos), los que quieren junto al enlace con lo tradicional, con el propio carácter del pueblo español, ciertas reformas adaptadas a las necesidades del momento. Para nosotros en ellos se encontraba el verdadero camino de España. Desgraciadamente no fue así.

La corriente renovadora se manifestó después en el famoso manifiesto de los Persas. Es verdad que había muchos principios tradicionales en su doctrina, pero todo desvaído en un absolutismo real contrario a las rectas tradiciones del país y en unas muestras de liberalismo importado del más allá de las fronteras. La conservadurista, en este caso absolutista, se manifestó principalmente en la tiranía de Fernando VII en el sexenio de 1814 a 1820 y el mismo absolutismo reinó después del trienio constitucional, triunfo de la tendencia innovadora o rabiosamente liberal. La "Década ominosa" es una época de un conservadurismo absolutista de primer grado. La tendencia re-

novadora se encarnó en algunos de los llamados realistas a los que ha dedicado un magnífico estudio Rafael Gambra. Pero los realistas después de 1823 se escindieron, como dice Suárez, en dos ramas: La de los apostólicos y la de los moderados. Suárez reconoce que es tan difícil en uno y otro caso precisar el contenido ideológico de cada una de ellas. Pero, en síntesis, se puede decir que tanto la rama moderada de los liberales como la rama moderada de los realistas llegaron en gran parte a fundirse. Después la tendencia renovadora fue la bandera levantada por los principales pensadores carlistas y por otros muchos, por ejemplo: Balmes, Donoso y Menéndez Pelayo que nunca militaron en las filas de Don Carlos.

Pero ,en general, lo que triunfa en el siglo XIX español es la aparición de los dos grandes partidos moderados y exaltados. La burguesía asustada por los excesos del liberalismo revolucionario, apoya a un gobierno que le aleje de extremismos y revoluciones. Comellas escribe: "Los elementos burgueses que han accedido al poder, al prestigio o a la riqueza, los nuevos propietarios, los hombres de negocios o los que ocupan cargos importantes, no desean ya la revolución (muchísimos de ellos procedentes de las depredaciones de la desamortización) sino un régimen apacible, una libertad moderada, que no se enturbie con el desorden. La burguesía —termina Comellas— conquistadora tiende a hacerse conservadora. Y este conservadurismo fue tan estéril como todos, porque al querer, como dice Carr, "restaurar la armonía de la familia liberal" continuó en el fondo aceptando radicalmente un inmenso caudal de las ideas procedentes de la revolución.

El 25 de marzo de 1846, el más agudo observador de su tiempo, Jaime Balmes —volvemos a él porque aquí se enfrenta con un aspecto concreto del fenómeno—, escribe refiriéndose al partido conservadurista de su tiempo: "¿Qué es lo que le ha faltado al partido conservador para dar a España lo que tantas veces había prometido? ¿Quería el apoyo del trono? El trono le apoyó. ¿Quería el apoyo de la fuerza armada? La fuerza armada le apoyó. ¿Le embarazaba la milicia nacional? La milicia nacional despareció. ¿Le servían de obstáculo los ayuntamientos progresistas? Desaparecieron. ¿Necesitaba reformar la constitución? La constitución se reformó. ¿No le convenía

el jurado? El jurado desapareció. ¿Había menester de tribunales especiales? Los tuvo. ¿Había menester de policía? La tuvo. ¿Le podían ser útiles las simpatías de Francia? Las tuvo. Dueño de la Corte, dueño del Parlamento, dueño de las fuerzas, dueño de la administración, dueño de todo: ¿Qué más quería? ¿Qué más quiere? Hay tentativas de insurrección y la insurrección sucumbe, la España toda le obedece: En el gobierno estaban unidos con el poder militar los prohombres del partido: ¿Qué más quería?, y sin embargo ¡ cosa notable!, ¡lección instructiva!, con tantos elementos favorables, con circunstancias tan propicias, el partido conservador se ha disuelto rápidamente con la misma rapidez que se agolpaban en derredor suyo los aparentes elementos de vida". Y es que, para terminar este magnífico alegato de Balmes, nosotros añadimos: Porque aquel partido conservador era una forma más de un inepto conservadurismo, un simple monigote, de espaldas al río de la historia.

Comellas, por su parte, enjuicia así al moderantismo o conservadurismo decimonónico español: "... el moderantismo era un movimiento viejo. Carecía de un programa claro, de una ideología. Era simplemente una fuerza conservadora decidida a mantener el orden a toda costa, pero sin encauzar aquel mantenimiento por medios legales. El sistema estaba ya gastado, y nada nuevo podía ofrecer a aquellas alturas... los moderados estaban realmente en un callejón sin salida; no podrán desdecirse de los principios liberales pero tampoco podían ponerlos en práctica...".

Por último en este breve resumen de la posición conservadurista en España y en el que hemos dejado de mencionar algunas de sus expresiones políticas, queremos cerrar el capítulo sobre el liberal conservadurismo de Cánovas, aunque antes ha sido someramente examinado. Comellas sintetiza los puntos esenciales del sistema: A. Existen unos cuantos principios políticos —pocos y simples— que son esenciales, son "verdades madres", "y forman la constitución interna de un país... la constitución interna no la ha promulgado nadie: Es algo que existe, porque los españoles somos como somos, que brota de la esencia misma de la nación y constituye su destino histórico..."

B. Pero una vez admitida, "estas verdades madres" o constitución interna, todo lo demás es contingente. Nada de grandes principios

abstractos o teóricos, sino sentido de la realidad. La política es, así, una función eminentemente práctica, es "el arte de lo posible", algo adaptado a las circunstancias de tiempo y lugar ... C. Adaptabilidad significa también transacción ... D. Las reglas del juego quedan expresadas en el principio del equilibrio de las fuerzas contrapuestas. Este equilibrio dinámico es el que hace que la oposición, en vez de una fuerza destructora, se haga constructiva". Este régimen, enunciado en estas tesis de Cánovas, tiene un gran parecido con un liberalismo a la inglesa y en el fondo es una amalgama de principios tradicionales —esa "Constitución interna", por ejemplo, pero tan difícil de explicar y de sintetizar— y de principios auténticamente liberales. Como el régimen de partidos y la democracia liberal. Cánovas es realmente un liberal conservador con mucho de conservadurismo, pero fue artífice —como dice Comellas— de "aquel milagro español de veintitantos años de casi completa estabilidad".

Otra típica forma del conservadurismo, examinada va la conservadurista de Luis Felipe en la visión de Balmes, es la napoleónica. Apoyado por las clases burguesas siempre por temor al radicalismo sin base, sin tradición y sin doctrina, el imperio fue el resultado de un temor. Y dio lugar -a pesar de que se ha dicho que Napoleón encarnaba a la revolución y que era la revolución a caballo, a un pequeño conservadurismo que se desvanece siempre como un sueño. Napoleón creó una sociedad falsa basada en mitos revolucionarios y concepciones conservadoras. Pero predominando en todo momento el poder personal y la ambición del poder. No hay que olvidar que, como dice Chevalier, Napoleón era hijo del siglo XVIII y de la Revolución. Coornot recuerda como no tardó desde el poder en oponerse a las ideas del siglo cuando se creyó lo bastante fuerte para dominar al siglo y dominar, asimismo, a la Revolución. Remedó todo lo malo de la monarquía caída y no aceptó ninguno de sus beneficios. Para Pabón "el imperio aparece como un fenómeno sorprendente: en Francia es la continuación conservadora del Consulado: fuera es el empuje revolucionario". Algo parecido dice a este respecto Chevalier. Otra forma conservadurista francesa típica es la del imperio de Napoleón III con su doctrina sin base, sin cuerpo doctrinal, sin estabilidad, sin pasado ni futuro. "El segundo imperio

—escribe Touchart— no consiguió crear un estilo político duradero ni fundar una tradición" (¡Cómo si la tradición se puede fundar sobre el aire, sobre una persona sin el légamo profundo de una historia!).

Siguiendo a Touchart, con el que en muchas partes no estamos conformes pero en otras sí, el conservadurismo es una de las bases de la filosofía burguesa. "En Francia —escribe— el liberalismo (entendámonos, el conservador, no el radical), subrayo, permanece en conjunto estrechamente vinculado a la defensa de los intereses". Este liberalismo conservador lleva la impronta del orleanismo y en su sentido económico descansa —como todo conservadurismo— sobre dos principios tan materiales como riqueza y propiedad y sobre casi ningún principio espiritualista.

Si observamos la historia de Francia en el siglo XIX --seguimos el esquema de Touchart en su Historia de las ideas políticas -veremos que el régimen napoleónico, a pesar de sus declaraciones revolucionarias, es apoyado por una masa conservadora que se disuelve tan fácilmente como se creara. La restauración, a pesar de su carácter de antiguo régimen, pactó con los conservadurismos surgidos de la revolución. El ideal de los escritores liberales es eminentemente burgués, que se hace más claro y rotundo con los doctrinarios que ofrecen un justo medio entre los defensores del antiguo régimen y los partidarios de la democracia. El triunfo de esta amalgama produce el del Rey Luis Felipe que instaura una monarquía conservadurista que produciría los más estériles frutos. Se ha hablado mucho de la ideología liberal de la monarquia de Julio. Pero, como se pregunta Touchart: ¿Cabe hablar de una ideología liberal cuando la burguesía es tan variada como lo era bajo la monarquía de Julio? ¿Se puede incluso hablar de una burguesía cuando existe una burguesía parisiense, una burguesía provinciana y una burguesía rural, una grande, mediana y pequeña burguesía, una burguesía de la banca o de la industria, una burguesía del comercio, una burguesía universitaria, una burguesía de la administración, una vieja burguesía parlamentaria, una burguesía de rentistas, etc.?